

Esto (no) es una presentación

Sobre *Psicoanálisis y Salud Mental*.

Intervenciones clínicas en instituciones

Claudia Araya (Comp.) Ed. Hammurabi, 2025

Carmen Luz Silva Sánchez

No tengo la certeza de que el texto a continuación corresponda a la reseña de un libro. Quizás, es un diario de mi lectura del libro. Tampoco descarto que sea un cuento. En cualquier caso, me parece que es un esfuerzo que vale la pena.

Y vale la pena porque siempre es una buena noticia que un libro vea la luz, y que, a través de un objeto concreto, ideas y reflexiones tan variadas como los que componen este cuerpo, puedan viajar y trascender más allá del momento en el que fueron formuladas. Puedo imaginar muy bien el vértigo de los autores compilados al saber que sus ideas ya nos les pertenecen más. Desde este momento, y en adelante, los contenidos que plasmaron aquí van a ir a hacer una pareja con cada uno de sus lectores, actuales y del futuro, lectores potenciales que citarán esas ideas, las transformaran, las usaran, y serán fructíferamente malentendidas, discutidas, y comentadas. Eso me parece siempre una buena noticia, porque así se construye pensamiento.

Lo que se construye entre un libro y un lector o lectora es una relación, una experiencia única e intransmisible, que está escrita en una tinta invisible –como la nombra el escritor español Javier Peña– que une a ciertos autores con ciertos lectores, y que hace que la experiencia de leer un libro sea inefable. Porque el libro que van a leer ustedes no es el mismo que leí yo ni el mismo que les estoy reseñando. Mi experiencia leyendo, “Psicoanálisis y Salud Mental: intervenciones clínicas en Instituciones”, me llevó a la conclusión de que este libro es también, entre otras cosas, muy útil. Me hubiese gustado tenerlo y haberlo leído en septiembre de 2002, cuando entré a trabajar al hospital en el que me desempeñé. Y me hubiese gustado también haber podido usarlo cuando me fui, el año 2019.

Me atrevo a decir que se trata de un libro útil, porque para sorpresa de nadie, el psicoanálisis puede ser muy útil. Pero me refiero también a que en el libro hay *tips*. Son los *tips* que pueden dar los psicoanalistas, que por supuesto nunca son del orden de decirnos qué tenemos que hacer. Hay un claro y muy decidido espíritu de ayudar a destrabar lo que fácilmente se puede estancar a propósito de lo difícil que es el trabajo institucio-

nal. Como cuando el colega Luilly Gómez –en su texto *“Impasse y resistencias entre psicoanálisis y disciplinas de la salud mental”*– nos habla de las dificultades de hacerse un lugar en la institución, de dialogar con el discurso médico y de la salud, y cómo reiterados *impasses* y resistencias entre los equipos y con las instituciones terminan afectando el trabajo con nuestros pacientes. Es un texto que nos ayuda a pensar de qué orden y en qué nivel se instalan esos *impasses* y esas resistencias, permitiéndonos analizar esa tan reiterada experiencia de sentirnos ninguneados en nuestro quehacer clínico en instituciones, y cómo saber elegir qué batallas dar, cuándo darlas y a qué nivel.

Este espíritu de ayudar a destrabar está desde el inicio, desde el prólogo. En él, Claudia Araya Silva habla que navegar en las aguas de la clínica psicoanalítica en instituciones es difícil, que debemos aprender el arte de esa navegación “... con el desafío de hacerlo sin perder nuestra brújula, la cual debe tener al norte la teoría, al oeste el sentido común, al sur nuestro propio análisis, y al este el bienestar de los pacientes” (p. 18). Me pareció notable la idea de esa brújula. Existe, o más bien, es posible construirla, y no es otra cosa que, como diría Green, el encuadre interno y el pensamiento clínico del psicoanalista. Este espíritu que habita el libro genera la posibilidad de relanzar el pensamiento y salir del agobio y el estancamiento que puede fácilmente producir el trabajo clínico en instituciones.

Psicoanálisis y Salud Mental: Intervenciones Clínicas en Instituciones es un libro coral, que está agrupado en dos grandes secciones, cada una de las cuáles, a su vez, tiene distintos capítulos que reúnen ensayos afines a un tema atingente para la clínica psicoanalítica en instituciones. Me parece que se trata de un libro crítico, y en ese ejercicio devela la valentía que significa, en estos tiempos trágicos que vivimos, permanecer abiertos y fomentar la discusión. Afortunadamente, no es un libro políticamente correcto. Habla desde distintos vértices, sobre una clínica de y en terreno, pero también desarma y busca combatir cualquier sujeción o sometimiento a ideales que obturen la emergencia de lo subjetivo. Es un libro en tensión, como también lo es, por definición, la clínica psicoanalítica en instituciones.

Los distintos autores insisten en una permanente búsqueda y rescate de la importancia de la noción de sujeto y del valor de la subjetividad, como quehacer propio y posición ética de y en el trabajo analítico. Ejemplos de esta puesta en valor hay muchos. Claudia Araya, en el texto que abre el libro –“Me da miedo interpretar. Un concepto, diferentes perspectivas”– dice: “La interpretación nos devuelve nuestra dignidad de sujetos al hacernos responsables de nuestros actos. No culpables de nuestros deseos, sino responsables de nuestras decisiones” (p. 38). La autora plantea que la condición de dignidad del sujeto se juega en la posibilidad de responder qué queremos, qué necesitamos, por qué y qué hacemos con eso. En el notable capítulo sobre intervenciones en crisis y urgencias subjetivas, Andrés Orfali, en su texto “Modos de hacer en experiencias de vida con lo que hace sufrir. Sobre urgencias subjetivas en la atención a personas con cáncer”, dice:

La orientación analítica toma distancia del ideal de ‘adaptar’ al sujeto a la realidad que vive. No se asume una posición de saber qué debe hacerse y cómo. Es, por el contrario, una posición de dar relieve a la experiencia de discontinuidad que se instala en distintas áreas de la vida. Poder ubicarse en posición de analizante de su experiencia, en tanto

resignifica su manera de ver y relacionarse consigo mismo, con los otros y con lo que le pasa, cuando se piensa implicado en lo que le pasa”. (p 129)

Más adelante, el autor radicaliza el argumento y dice:

La función que se adopta desde el rol del psicooncólogo del equipo de oncología será la de transmitir y hacer presente la postura del sujeto. Esto no se limita a que se sepa lo que dice, sino a dar lugar, prestando la voz, a su presencia como sujeto que tiene algo para decir, apostando a la responsabilidad de sus decisiones cuando se trata de definir cuestiones relativas a su tiempo final de vida. (p. 139)

En el capítulo sobre clínica de las adicciones, Gerardo Cabello dice en su texto “Clínica de las adicciones en instituciones públicas”:

“Responsabilizar al usuario e invitarlo a iniciar un proceso de elaboración a través de la palabra, en desmedro de lo puesto en juego en la actuación y repetición del consumo, es una de las pocas, pero significativas formas de lograr articular la ética del psicoanálisis en el quehacer clínico”. (p. 172)

Los autores insisten y persisten, de distintas formas, en el rescate de la noción de sujeto, la localización del malestar subjetivo, relevándonos y recordándonos la necesidad de generar las condiciones de posibilidad para poder hacer a ese sujeto hablar. ¿Qué le duele? ¿Por qué le duele? ¿Qué función cumple lo que le duele? El libro en sí mismo es una resistencia a la obturación de la posibilidad que emerja ese sujeto, y es un rescate de esa subjetividad por sobre los ideales de control social, de salud y bienestar, de eficiencia, de remisión sintomática, de lo que se supone debiera ser y hacer una “buena feminista”, de lo que dicen los protocolos y las guías clínicas, o lo que dice la literatura sobre cuál es la causa de sufrimiento de una persona parte de la comunidad LGTBIQ+. Es triste que un rescate como este sea imprescindible en estos días, pero lo es.

Las voces que habitan estas páginas vienen, en su mayoría, desde los CESFAM, COSAM y Hospitales de todo Chile. También desde unidades de salud estudiantil en universidades, corporaciones, ONGs y centros privados de salud. Es, por tanto, un eje transversal del libro la relación con y hacia ese tercero que influye, modela y condiciona la relación paciente-terapeuta, tercero nunca excluido que es la institución. José Bleger –psicoanalista argentino, y uno de los pioneros del psicoanálisis en América Latina–, en sus fecundos trabajos sobre encuadre, nos enseñó hace años que cada institución es una parte de la personalidad del individuo y tan importante, que siempre la identidad –total o parcialmente– es grupal o institucional, en el sentido de que siempre por lo menos una parte de nuestra identidad se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido, un equipo de fútbol y así. Para Bleger, las instituciones funcionan siempre (aunque en grado variable) como los límites del esquema corporal y como núcleo fundamental de la identidad, por lo que son las depositarias de lo más primitivo de cada uno de sus integrantes, de aquello que no puede variar, de lo que no debe moverse para que dentro de ella se desarrollen distintas funciones dinámicas. Las instituciones, entonces, no tienen cómo ser flexibles. Tampoco tienen marco teórico y, si lo tienen, no es psicoanalítico. Son lo instituido desde dónde debería poder emerger nuestro trabajo instituyente, pero también son espacios que suelen operar con lógicas más o menos ajenas a lo clínico. De un lado la institución, objeto de transferencia por

parte del practicante del psicoanálisis y del paciente. Del otro lado, nuestros pacientes. Entremedio, nosotros. ¿Qué podría salir mal?

La clínica de la cual se habla y sobre la cual se piensa en el libro, y me parece que este es también un eje transversal del mismo, es una clínica en la frontera. Más bien, en las fronteras. En el libro se puede ver con claridad cómo el clínico psicoanalítico está enfrentando un movimiento permanente de sus propias fronteras, de sus propios límites. Del límite entre la institución y nosotros, entre distintos saberes y nuestro saber al interior de un equipo multidisciplinario, entre nosotros y nuestros pacientes, y dentro de nosotros mismos. Es, entonces, un trabajo en permanente tensión y continuo descentramiento. Tensión con los ideales institucionales, con las resistencias de nuestros pacientes, pero también con nuestras propias resistencias, con nuestras transferencias y reediciones, con nuestras movilizaciones internas. Generosamente, en el libro se cuentan en primera persona las experiencias de *impasses* institucionales, el sentirse una pieza más de una máquina que no puede parar de funcionar, las vivencias de inutilidad, de prematuración y de no preparación para este tipo de trabajo, así como las consecuencias clínicas y las implicancias simbólicas que tienen problemas tan pedestres, pero tan significativos, como el no tener un box para atender. Desde lo más abstracto, a lo más concreto. Y desde lo que podrían parecer escenarios caracterizados por una lógica de la desesperanza, los autores se rescatan volviendo a pensar, volviendo a invertir el trabajo de pensamiento y representación para así permitir alguna elaboración de estas dificultades, legándonos las formas más o menos creativas con las que cada uno resolvió las tareas imposibles que enfrentaron. Ejemplo de lo que estoy subrayando es lo que propone Manuel Álvarez en su texto “Entre las disciplinas, una vez más EL GOCE. La intervención INTER disciplinar en los dispositivos de salud mental”. Dice el autor:

“dichos saberes podrían ocupar el lugar de estructuras no cerradas, en construcción constante y retroalimentadas a partir de una praxis viva, lo que en el campo de la clínica se traduciría en la creación de estrategias novedosas de intervención, acordes a las necesidades clínicas de los propios tratamientos”. (p 110)

Añado, a los ejercicios creativos que propone el libro, nuevamente la fértil noción greeneana de encuadre interno, y su propuesta de saber cuándo debemos dejar, psicoanalíticamente, de ser psicoanalistas, si la situación del paciente así lo amerita o la realidad institucional así lo requiere.

Otros hallazgos en el libro son la provocadora idea de Felipe De Pontes –en su texto “Algunas puntualizaciones sobre la teoría y la clínica de las toxicomanías desde una perspectiva psicoanalítica”– del analista como el *dealer* de la palabra en el trabajo con toxicomanías. También las ideas de la colega Ana María Sanhueza sobre los tres tiempos lógicos en la intervención con urgencias subjetivas, o en el texto que describe la posición vitalizante del analista en el trabajo con adolescentes suicidas, idea que propone la colega Giselle Tello. También una lectura psicoanalítica sobre la agresividad masculina. En la parte final del libro, hay textos de algunos alumnos del Diplomado que aportan una fresca viveza y contingente actualidad.

Otro eje central que plantea el libro es que el analista debe aceptar su castración. O, dicho de otra manera, tengo que resignarme a que no puedo subrayarlo todo ni puedo

relevarlo todo. En este intento de reseña me he limitado a seleccionar recortes muy parciales del libro, en la esperanza de armar un collage que los invite a que tomen este libro y jueguen con él, porque es un ejercicio insurrecto y rupturista de mantenernos invistiendo nuestra labor imposible.